

CIMIENTOS

Buscando a Jake / China Miéville

Traducción: Roberto Wong – el-anaquel.com

Ves al hombre que viene a hablar con los edificios. Los rodea, mirando hacia arriba desde las banquetas, desde los jardines de concreto, observando después los soportes que se sumergen en la tierra. Entra en los cuartos, golpetea las ventanas y menea los cristales que no encajan bien. Mete el dedo en los revoques, recorre los áticos. En los sótanos escucha los cimientos. Todo el tiempo susurra.

El edificio me contesta, dice. Trabaja en todo tipo de viviendas, edificios, bancos y bodegas alrededor de la ciudad. Le susurran dónde se encuentran las fallas. Cuando termina te dice por qué las grietas se están haciendo más grandes, las causas de que la pared tenga humedad, dónde se está erosionando, así como el precio por arreglarlo o dejarlo caer. Nunca se equivoca.

¿Es un inspector de obra? ¿Un ingeniero civil? No tiene ningún tipo de diploma pero sí un volumen grueso de referencias y una reputación de diez años. Hay noticias sobre él en todo el país. Le llaman “el hombre que susurra a las casas”. Ha sido un fenómeno por años.

Cuando habla, lo hace con una sonrisa amplia y firme. Tiene que forzar sus palabras a través de ella para que salgan claras y tersas. Trata de no levantar la voz por encima de los sonidos que tú no puedes escuchar.

“No hay ningún problema, aunque esa pared se está erosionando”, responde. Si lo observas detenidamente te darás cuenta que desvía la mirada repetidamente al suelo, justo al nivel más profundo de los cimientos. Cuando baja al sótano está nervioso. Habla más rápido. El edificio habla más fuerte ahí abajo y cuando regresa contigo está sudando pese a su sonrisa.

Cuando conduce mira hacia todos lados del camino con una conmoción que no cesa. No deja de observar los edificios. En las obras se detiene a ver las excavadoras. Mira su movimiento aparatoso como si se tratara de algún animal carnívoro.

Por las noches sueña que está en un lugar donde el aire pudre sus pulmones y el cielo es una plasta tóxica de nubes negras y marrones que la tierra ha vomitado. El suelo está calcinado hasta el polvo y chicos perdidos caminan y se desprenden la carne a jirones mientras pasan a su lado sin verlo, aullando en una jerga a punto de colapsar acrónimos y claves que alguna vez significaron algo y ahora son menos que los gruñidos de los cerdos.

Vive en una pequeña casa en las orillas de la ciudad, donde en alguna ocasión empezó a construir una habitación extra, hasta que los cimientos de la casa gritaron. Una década después esa

obra es todavía un hoyo en la tierra estriada, un agujero esperando sus paredes. No lo construirá nunca. Paró de hacerlo cuando al cavar comenzó a salir un líquido espeso y oscuro bajo sus pies, escalando sobre su pala, llenándolo todo. No lo vio nadie salvo él. Los cimientos le hablaron entonces.

En su sueño escucha a los cimientos hablarle con su voz de legión, sus miles de susurros. Y cuando por fin los ve, enterrados en la tierra caliente, despierta con arcadas y le toma un momento darse cuenta que en realidad está en su cama, en su casa, y que los cimientos siguen hablando.

–Nos quedaremos

–Tenemos hambre.

Cada mañana besa la fotografía de su familia antes de salir. Se fueron hace años, aterrorizados. Sale mientras los cimientos le dicen sus secretos.

En la ciudad los inquilinos de un edificio de apartamentos quieren información acerca de la grieta que se extiende por dos de los pisos. El hombre la mide y pone su oído en la pared. Escucha ecos de voces del sótano, viajando, levantándose a través de los huesos del edificio. Cuando no lo puede posponer más, baja al sótano.

Las paredes son grises, manchadas de humedad, algunas con grafitis. Los cimientos hablan con claridad aquí. Le dicen que están hambrientos y vacíos. Su voz es la de muchos, en el tiempo, desecados.

Observa los cimientos. Ve a través del piso de concreto y la tierra donde las vigas se unen y sumergen en ellos. Una pila de cadáveres. El recalce es una estructura de cuerpos enredados, apretados, convertidos en arquitectura, sus huesos rotos para hacerlos empatar entre sí, encajados en poses contorsionadas, la piel quemada y los jirones de su ropa presionados como si estuvieran en el límite de una pared de vidrio debajo de las paredes del edificio, dos metros bajo el nivel del sótano. Un arroyo lleno de personas derramadas como el concreto, fortaleciendo los soportes y las paredes.

Los cimientos lo miran con todos sus ojos y hablan al mismo tiempo:

–No podemos respirar.

No hay pánico en sus voces, nada salvo la desesperanza paciente de los muertos.

–No podemos respirar y los sostenemos. Solo comemos tierra.

Les susurra para que nadie más pueda escuchar.

“Escuchen”. Lo miran desde la tierra. “Háblenme”, dice. “Háblenme acerca de la pared. Está construida sobre ustedes. Pesa sobre ustedes. Díganme cómo se siente”.

–Pesa –responden–. Comemos tierra solamente.

Pero el hombre logra sacarlos de su solipsismo por un momento y miran hacia arriba y luego cierran sus ojos y, al mismo tiempo, tararean:

–Es vieja, esta pared que mencionas, y la mitad está podrida en el flanco. Hay una grieta que se hará más grande y hará que los lados se asienten.

Los cimientos le dicen todo acerca de la pared y por un momento los ojos del hombre se abren, pero entonces entiende que no, no hay peligro. Si no se repara, la pared se vencerá y hará el edificio más feo, pero no se colapsará. Al escuchar eso se relaja y se para, se aleja de los cimientos que lo ven irse.

“No se tienen que preocupar”, le dice al comité de vecinos. “Repárenlo, denle una revocada y eso es todo”.

En un centro comercial de los suburbios no hay nada que detenga la expansión a los baldíos de alrededor. En una casa, la escalera está más allá de la reparación. La torre del reloj ha sido construida con remaches de mala calidad. El techo del edificio necesita impermeabilizarse. Todas estas cosas se las dice el arroyo de muertos enterrado bajo él.

Cada casa está construida sobre ellos. Todo es un único cimiento que sostiene la ciudad. Cada pared está construida sobre sus cuerpos, cadáveres que le susurran con la misma voz, las mismas caras, la misma ropa desgarrada y sangre seca de hace tiempo. Cuerpos destrozados como componentes para llenar los espacios entre sí, miembros y cabezas dispuestos entre cuerpos llenos de gases, escupiendo polvo por cualquiera de sus cavidades, todos concatenados.

Cada casa en cada calle. El hombre escucha a los edificios, a los cimientos que los unen a todos.

En su sueño camina por tierras que se tragan sus pies. Pasa de largo entre gente perdida que arrastra sus pasos en círculos ansiosos e infinitos. Un líquido espeso gira bajo el polvo. Escucha a los cimientos. Voltea y ahí están. Son más altos ahora, han roto el suelo. Una pared de ladrillos hechos de cadáveres tan alta como sus muslos, con los filos y la parte superior bastante lisos. Está llena de miles de ojos y bocas que hablan conforme se acerca, escupiendo mucosidades y piel y arena:

–No pararemos. Estamos hambrientos y acalorados y solos.

Algo está construyéndose sobre los cimientos.

Han sido años de construcciones mínimas, de pequeños planes para las inmobiliarias, del entusiasmo de la gente por mejorar sus hogares. Tenazmente, ha logrado que los cimientos le hablen. Donde no hay ningún problema o solamente hay pequeñas preocupaciones, así lo transmite.

Donde hay problemas tan grandes como para detener la construcción de un edificio, también lo dice.

Ha pasado casi una década desde que comenzó a escuchar a los edificios. Ha pasado mucho tiempo para que encuentre lo que ha estado buscando.

El edificio tiene varios pisos y fue construido treinta años antes de la época del concreto de mala calidad y acero barato que hizo ricos a políticos y contratistas con sus deficiencias. Los fósiles de esa corrupción están por todos lados. Generalmente su deterioro es progresivo con los años: puertas atascadas, elevadores descompuestos, hundimiento. Al escuchar a los cimientos, sabe que algo aquí es diferente.

La preocupación crece. Su respiración se acelera. Murmura a los cimientos enterrados de los muertos, rogándoles que se aseguren.

Los cimientos fueron construidos en una ciénaga –los muertos pueden sentir a la lama levantarse. Las paredes del sótano se están derrumbando. Los soportes se han agrietado y se han llenado, infinitésimamente, de agua. No pasará mucho antes de que el edificio caiga.

“¿Están seguros?”, murmura de nuevo, y los cimientos lo miran con sus miles de ojos llenos de polvo y hemorragias. Sí, responden. Temblando, se pone de pie y se dirige al encargado, el administrador del edificio.

“Estos edificios viejos”, le dice. “No son lindos, ni tampoco fueron bien construidos, y sí, tienden a humedecerse, pero no tiene nada de qué preocuparse, no hay ningún problema. Estas paredes están sólidas”.

Da unas palmadas al pilar al lado de él y siente las vibraciones llegar al agua que está debajo de ellos, al panal de sus cimientos erosionados, hasta el lugar donde los muertos murmuran.

En la pesadilla se arrodilla ante la pared de carne desgarrada. Es tan alta como su pecho ahora. Los cimientos crecen. Un templo no es nada sin una pared.

Despierta llorando y camina tropezando hacia el sótano. Los cimientos le susurran; están ahora sobre el piso, se extienden por las paredes.

El hombre tiene que esperar semanas. Los cimientos crecen. Lento, pero ascienden. Crecen por las paredes pero debajo, también, extienden su base en el suelo, apuntalándose más y más.

Tres meses después de que visitó el edificio lo ve en las noticias. Parece como alguien que hubiera sufrido un infarto: un costado luce flojo, tembloroso. La esquina sur ha colapsado, abriendo sus paredes y dejando ver cuartos tristes que se balancean en el límite del cielo. Hombres y mujeres son transportados en camillas.

Los números revolotean en la pantalla. Muchos muertos. Seis son niños. El hombre sube el volumen para ahogar los susurros de los cimientos. Comienza a llorar. Se abraza, consola su tristeza. Pone su cara entre sus manos.

“Esto es lo que querías”, solloza. “Te pagué, ya está hecho. Déjame en paz, por favor”.

Se recuesta en el sótano y sus lágrimas mojan la tierra, a los cimientos bajo él. Lo miran con sus poses de gárgola, parpadean polvo en sus ojos secos y observan. Sus miradas lo queman.

“Ya tienen algo que comer”, susurra. “Dios, por favor, se acabó, se acabó. Déjenme solo. Tienen algo que comer, he pagado, les he dado algo”.

En el sueño continúa caminando y escucha las voces de sus compañeros, perdidos y solitarios. Los cimientos se extienden a lo largo de dunas llanas, murmurando con la misma voz ahogada que la de ese primer día.

El hombre ayudó a construir los cimientos. Entre dos países extranjeros, cuando las fronteras eran un caos. Se hizo un camino. Primera Infantería (Mecanizada), durante los últimos días de febrero, hace 10 años. Las tropas opuestas, atrincheradas en el desierto con sus armas asomadas a través del alambre, se quejaban y disparaban.

El hombre y su brigada llegaron. Apisonaron la mezcla vigorosamente, juntaron el cemento con media hora de paliza, cañones y misiles combinados con arenilla y cualquier otra cosa apilada en las cunetas de los soldados como morteros y metralla, quedando todo en una sola pasta roja y pegajosa. Los tanques llegaron como si fueran juguetes, los cañones girando pero en silencio. Hicieron su trabajo por otros medios. Montaron arados al frente de los tanques y siguieron las líneas cavadas en la tierra. Con monótona eficiencia hicieron a un lado la arena caliente y vaciaron en las trincheras la terrible mezcla. El desierto hizo el resto del trabajo: los hombres que corrieron y trataron de disparar o rendirse o gritar fueron tragados por la arena y encerrados en ella, al grado que sus sonidos fueron ahogados y convertidos en gritos desesperados. Lento, después quieto, la mezcla juntó a miles con sus amigos o los restos de sus amigos a lo largo de los orificios y las líneas de las trincheras.

Detrás de los tanques-tractores, M2 Bradelys montaron las recientes dunas. Protuberancias mostraban la construcción inacabada, brazos y piernas de hombres asomadas, algunas agitándose todavía como insectos. Los Bradelys remataron la mezcla con sus 7.62 mms, asegurándose de empujar hacia abajo todo el material de la parte superior, todo lo que pudiera salir, alisándolo.

Entonces el hombre apareció con los Trascabos de Combate, retroexcavadoras que llegaron cuando aún las armas seguían silbando contra su piel. Había terminado el trabajo. Con su pala había alisado todo. Todos los deshechos del trabajo de construcción, las vigas y los pedazos de madera, la

arena atascada de rifles como palillos, brazos y piernas como ramas, y las cabezas llenas de arena que habían rodado lentamente con el movimiento de la tierra recién removida. Alisó todo esto, esparciéndolo entre la arena y poniendo más arena sobre esta para desaparecerlo por completo.

El 25 de febrero de 1991 el hombre ayudó a construir los cimientos. Y conforme mira la planicie lisa, el desierto ordenado, limpio por esas horas de trabajo, escucha las terribles voces. De manera repentina y terrible ha visto a través de la arena caliente y rojiza a los muertos, en sus trincheras que ahora parecen paredes que se intersecan y se extienden por kilómetros, no como el plano de una casa o un palacio, sino de una ciudad. Ha visto a los hombres que ahora son simple mortero, los ha visto observándolo.

Los cimientos recorren todo. Le han hablado. No se quedarán callados. Ni en sus sueños ni fuera de ellos.

Pensó que lo dejaría atrás, en el desierto, en aquella zona artificialmente plana. Pensó que los murmullos se perderían entre las voces de miles. Había regresado a casa. Pero entonces su sueño comenzó. Su purgatorio de incendios, un cielo ensangrentado y dunas donde sus camaradas se perdieron, donde se volvieron locos por la soledad. Los otros, los cimientos, los otros muertos, eran mil veces más fuertes. Innumerables.

–Mañana de bondad –le susurran con sus voces asadas y muertas–, mañana de luz.

–A Dios sea la honra.

–Tú nos construiste.

–Tenemos calor y estamos solos. Tenemos hambre. Comemos sólo arena. Estamos llenos de ella. Estamos llenos pero hambrientos. Únicamente comemos arena.

Los ha escuchado noche tras noche, tratando de olvidarlos, tratando de olvidar lo que ha visto. Entonces cava un hoyo en su patio, para construir los cimientos de una habitación adicional, y entonces descubre lo que está buscando. Su esposa lo escucha gritar, corre al patio y lo encuentra con los dedos ensangrentados, rasguñando las paredes de la excavación para salir de ahí. Excavé lo suficiente, está ahí, dice a su esposa más tarde, aunque ella no comprende.

Un año después de que construyó los cimientos y los vio por primera vez, regresa a ellos. Una ciudad fue construida sobre esa pared de muertos. Trincheras llenas de huesos bajo el mar conectaron su casa con el desierto.

Haría lo que fuera para dejar de escucharlos. Les ha implorado, ha soportado su mirada. Ha orado por su silencio. Ellos esperan. Pensó en el peso sobre ellos, escuchó de su hambre y entonces infirió lo que querían.

“Aquí hay algo para ustedes”, grita y llora de nuevo, después de años de búsqueda. Ve a las familias en sus departamentos derrumbarse y descansar junto a los cimientos. “Aquí hay algo para ustedes; ahora puede terminar. Paren. Déjenme solo”.

Se queda dormido donde está, en el piso del sótano, rodeado de arañas. Vuelve al desierto en su sueño. Camina sobre la arena. Escucha el aullido de los soldados perdidos. Los cimientos se extienden por incontables kilómetros. Se han convertido en una torre en el cielo chamuscado. Es del mismo material, de muertos. Solamente sus ojos y bocas se mueven. Escupen arena cuando hablan. Se para en la sombra de la torre que ha construido, frente a las paredes de ropa desgarrada y carne y piel color ocre, mechones de pelo negro y rojo. De la arena alrededor supura el mismo líquido oscuro que vio en su casa. Sangre o aceite. La torre toca el cielo y es como un alminar¹ en el infierno, el reflejo inverso de una Babel que habla un solo idioma. Todas sus voces dicen lo mismo, las mismas palabras que ha escuchado por años.

El hombre despierta. Escucha. Por un largo tiempo se queda quieto. Todo alrededor espera.

Cuando rompe en llanto comienza lento y crece, crece alto por largos segundos. Se escucha a sí mismo. Está como los soldados perdidos en su sueño.

No para. Es el día después de su ofrenda, el día después de que les dio a los cimientos lo que creía que querían, el día después de que pagó su deuda. Y no ha dejado de escucharlos. Los muertos siguen murmurando las mismas cosas.

Lo observan. El hombre está solo con los cimientos. Sabe que no lo dejarán.

Llora por aquellos que cayeron con el departamento, aquellos que murieron por nada. Los cimientos no quieren nada de él. Su ofrenda no significa nada para los muertos que desde sus trincheras atraviesan el mundo. Los cimientos no están ahí para burlarse de él o castigarlo o darle una lección, ni para buscar venganza o pago. No están enfurecidos ni inquietos. Son los cimientos de todo lo que hay alrededor de él. Sin ellos todo colapsaría. Lo han visto, le han enseñado a verlos y no quieren nada de él.

Todos los edificios están diciendo lo mismo. Los cimientos corren debajo de ellos, fracturados, hechos de muertos y dicen las mismas cosas.

–Tenemos hambre. Estamos solos. Tenemos calor. Estamos llenos pero hambrientos.

–Tú nos construiste. Tú has sido construido sobre nosotros. Debajo hay solo arena.

¹ RAE: Torre de las mezquitas, desde cuya altura convoca el almuédano a los mahometanos en las horas de oración.